



DEL CAMPO CONTRARIO

ANECDOTAS

De la vida mundana, escritas para las colegialas de la Paz, por Atenógenes Segale.

(CONTINUA.)

X

Poco tiempo iba desde que aquel pajarillo retenía en el nido á Gustavo y este acabó por romper los nuevos lazos de cariño que al hogar le ataban. Rosa entonces se refugió en el amor de su hijo y algunas gotas de consuelo rociaban ya en las noches solitarias su corazón atribulado. Fué Rosa casi una madre y digo *casi*, porque no dejó de entregarle á la nodriza y de abandonarle muchas horas, todas las perdidas que una mujer del mundo consagra á la vanidad, su ídolo indispensable. Mas cuando Rosa regresaba del paseo ó del sarao pedía á su hijo para darle muchos besos y hacerle muchas caricias. Y cuando su marido la dejaba sola se entretenía con Ivan y dejaba caer sus lágrimas silenciosas sobre el rostro del niño (que pugnaba torpemente por coger la cara de su madre) cuando Gustavo había reñido con ella y la había pegado.

Ivan fué creciendo en aquel ambiente de inmoralidad y discordia sin que nadie se encargase de infiltrarle las verdaderas ideas religiosas á tiempo. No hubo quien le vacunara el alma por precaverle del *virus* del siglo, que infestaba su hogar. Su pobre madre le puso á los nueve años en un Colegio dirigido por eclesiásticos, porque decían que aquellos buenos padres corregían á los muchachos traviesos y sobre todo, porque le recibían de pupilo y así el rapaz no daría guerra en casa. Pero Ivan salía de vacaciones dos meses por año y en aquellos dos meses se acababa lo poco que habían podido escribir en su alma orgullosa los padres del Colegio. En esos dos meses la asistencia asidua al teatro, la zarzuela y otras zarandajas, la union con amiguitos pervertidos y el íntimo trato con los criados, que ni la ausencia de su padre ni el descuido mundano

de la madre podían evitar, fueron abriéndole los ojos al niño de un modo alarmante. Cuando Ivan tenía trece años, el Director del Colegio le notificó á Rosa con mucha mesura y delicadeza que su hijo no podía continuar allí porque su permanencia en el establecimiento era inconveniente. Mas precisaba que el niño tuviese una carrera y por eso Rosa le puso en una escuela nacional á seguir los estudios preparatorios para la abogacía.

Por aquella época Ivan Ruiz y Quiñones acabó de ver claro. Rosa quiso contener tardíamente con las prácticas religiosas los avances de la malicia en su niño. Quería llevarle á Misa los días festivos; pero él se escabullía de mil modos porque le era bien sabido que papá nunca iba á Misa. Urgíale la madre que se confesara por cuaresma y él la engañaba, si ya sabía que papá nunca pensaba en confesion y aun le provocaba náuseas el oír hablar de eso. Se ocupaba, eso sí, en larguísimas conversaciones con el cochero y con el barbilampiño lacayuelo de su casa, conversaciones que no debían ser muy edificantes, pues las veces que su madre lo sorprendía en esos coloquios, se tornaba el rostro de Ivan rojo más que la grana.

XI

Rosa tenía aquella noche una angustia sofocante. Su hijo, su único bálsamo de consuelo no volvía á casa y... eran las diez de la noche. Rosa padecía un frío que la hacía tiritar; su hijo, el único calorcito de aquel hogar apagado casi, faltaba esa noche. Volvieron para la infeliz madre las inquietudes de las primeras noches en que el marido dejaba de venir á acompañarla. Volvió á escuchar, pegado el oído á los cristales de la ventana, los rumores de la calle, á pasarse incier-

ta por los aposentos á media luz, á mirarlo y remirarlo todo con sublime avaricia de hallar á su hijo como si pudiera estar escondido en algun mueble ó cachivache de la casa solitaria. El reloj vecino dió las once con golpes terribles y macizos que retumbaron en el corazón de Rosa como en otra noche memorable. Ivan no llegaba: las once campanadas le parecían á Rosa otras tantas repeticiones de un *no* categórico que respondía á sus deseos de madre. ¿Habrán asesinado á mi Ivan?—pensaba la de Ruiz—ó ¿será como su padre? ¿Habrá una herencia de libertinaje que pasa del padre al hijo? En la sombra de cada mueble que se diluía entre los pliegues de algun tapiz, creía ver dibujarse por momentos la figura de Ivan, unas veces pálida y sangrienta, otras ruseña y gesticulando como un ébrio.

A las doce, cansada de tanta zozobra, se dejó caer en su sillón suspirando con tanta fuerza como si quisiera despedir del pecho el corazón, cuyo peso la era insoportable; y se quedó unos minutos como embrutecida ó altagada. Por eso no pudo oír un silbido canalleco que sonó en la calle, algo como una contraseña. A ese silbido se abrió el zaguán de la casa de Ruiz lo más calladamente que fué posible y entró Ivan, tropezó en el umbral, estuvo á punto de caer, ahogó una palabrota, subió la escalera con dificultad y metióse sigilosamente á su alcoba.

A poco Rosa abrió los ojos sobresaltada, había oído algo como la voz de Ivan; revolvió en torno la vista: todo era ilusion, nadie había hablado. La desalentada madre volvió á recorrer las habitaciones una á una, buscando el tesoro perdido.

Al entreabrir la puerta de la alcoba de

Ivan, escuchó y pudo percibir el rumor de una respiración fatigosa. ¿Quién estaba ahí? Rosa tomó una palmatoria (que formaban un grupo de amoreitos muy festivos amotinados sobre una concha sosteniendo una vela de esperma) y alumbró la estancia. Ivan yacía atravesado en la cama no deshecha. El joven dormía profundamente. Sus cabellitos de color de castaña se abrían en desorden á ambos lados de la frente, tersa y blanca como una hoja de lis. Los grandes ojos cubiertos de sutiles párpados orlados por las pestañas crespas y riquísimas parecían dos emblemas de paz. Su boquita sombreada por un bocillo tan suave como el vello de un melocoton, aquella boquita como una granada que se hiende de madura desarmaba las iras más indomables.

—¡Aquí estás! Ivan—exclamó Rosa mirándole.—Oye ¡qué noche me has dado! Despierta, despierta. ¿Dónde estabas? Responde.—Y diciendo esto lo sacudía para espabilarlo. El muchacho al fin abrió los ojos con mucha pesadez, se los restregó con las dos manos, y dió un resoplido que olía asquerosamente á alcohol.

Las gracias juveniles de su rostro eran la máscara inverosímil, de una alma leprosa y fea.—¿Qué has hecho? Ivan—gritó Rosa levantando la voz llena de ira. El muchacho vencido de alcohol y de sueño se enderezó, balbució algo incoherente y dejóse caer pesadamente en la cama.

A esa noche siguieron muchas en que el hijo estaba ausente de la casa paterna. Llegó día en que ninguna alhaja, ningún objeto de valor estaba seguro en casa de Rosa, Ivan se lo rateaba todo para sufragar los gastos de su *calaveraje* incipiente. Hasta los objetos que entrañaban recuerdos muy sagrados para la Sra. de Ruiz, hasta su anillo nupcial y el rosario de perlas de su madre y el crucifijo de oro y marfil que habían tenido en la mano sus abuelos moribundos, todo era botín de la rapacidad de Ivan y todo iba á tener á la casa de préstamos. El mundo de la crápula se comía á grandes bocados el capital de Rosa por dos bocas insaciables, el padre y el hijo. Así llegó á ser la familia de Ruiz Quiñones tipo de familias liberalescas digno de exhibirse en una exposición de sociología.

La infeliz madre no hallaba á quién volver los ojos. Cuando se quejó á su anciano abuelo del mal camino que llevaba Ivan, cuentan que el buen viejo se encogió de hombros y respondióla: Mujer, no seas exigente: los hombres deben correr el mundo. ¿Quieres que los muchachos comiencen por donde nosotros acabamos?

Entonces se acogió á la religion para que le enmendase al hijo; pero con tan poco tino y tan á deshora que discurrió mandar á su Ivan á fuerza á una casa de retiro espiritual á que hiciera los ejercicios. Lleváronle el mozo de confianza y el lacayo, despues de haberle sacado medio borracho de una cantina, á la santa casa en coche simon; y el mozalbete pasó los nueve días renegando contra los frailes, á quienes los amigos le habían enseñado á odiar y al fin para quitarse de cuentos imitó á su padre: le dijo tres tonterías al confesor y comulgó sacrílegamente.

Excusado está el decir que Rosa recibió á su hijo con mucho agasajo y habiéndole enflorado la alcoba; y tambien que Ivan siguió peor que ántes. En virtud de lo cual la Sra. de Ruiz declaró *ex-cathedra* que la religion era insuficiente en los tiempos modernos para reducir á los hijos de familia.

XII

D. Gustavo Adolfo Ruiz, viendo tan mermados los bienes de su esposa y á dos dedos de una quiebra, se hizo el propósito de trabajar, pero ¿en qué? En un empleo que faese lucrativo y poco trabajoso. Habló para conseguirlo con un prócer muy influyente, que, conociendo á Ruiz, le propuso una comisión secreta, que dejaría pingües ganancias.

En la fronteriza aldea de S. Jacinto vivían dos hombres acaudalados y de mucha

influencia en las masas populares, hombres que llegaron á infundir serios temores al vacilante gobierno de la república.

Ambos pertenecían al numeroso gremio de malcontentos ambiciosos, que sólo esperan el momento oportuno para alzar bandera, formar facción y lanzarse á la guerra civil; á esa langosta política, que no ha cesado de causar males á nuestra desdichada patria. Ambos habían dado sus nombres á la secta fraemasónica; y hasta se decía que un *gran lumínar* de las sociedades secretas los andaba instigando á que levantasen el grito revolucionario contra los poderes establecidos.

Juan Santoyo y Alejandro Méndez eran esos hombres. El uno velludo como Esaú, lampiño el otro como Jacob; aquel era agricultor y éste abogado. Tiempo hacía que noche á noche se reunían los dos y conferenciaban hasta muy á deshora. Alguien decía haber visto un cargamento misterioso, que introducido de noche por el punto ménos vigilado de la frontera, fué á parar á casa de Santoyo; y era fama que el tal cargamento contenía armas y municiones.

Todas estas cosas y otras más habían llegado á noticias del Gobierno, quien tomó muy pronto sus medidas, es decir, la empresa de quitar de enmedio á los dos conspiradores.

Investido Ruiz de extraordinarias facultades, con pliegos reservados que expeditasen su acción, y llevando instrucciones secretas, salió de la capital, rumbo al pueblecillo de S. Jacinto. A Rosa, á los suyos y á cuantos hubieron conocimiento de su próxima partida les dijo que iba á negocios comerciales á Nueva York; y de este modo logró despistar aun á los más sagaces.

XIII

Decían los vecinos de S. Jacinto que aquella noche fué la más horrorosa que en la vida habían visto; que los lobos aullaron en los alrededores del poblado con más atrevimiento que nunca; que el viento aulló mucho más en techos, puertas y ventanas; que los relámpagos se sucedieron sin interrupción; que se vieron en el cielo extrañas figuras de nubes, que bullentes y minaces se cernían sobre la aldea, y otras muchas consejas, como si la naturaleza toda se hubiera entretenido en hacerle añagazas al pueblo maldito de los conspiradores. La imaginación del que esto escribe nada sabe de cierto sobre esas maravillas, ocupada como estuvo en asistir á la *tenida blanca*, que en honor del caballero *Rosa-cruz*, Gustavo Adolfo Ruiz, recién venido de la Metrópoli, celebraron los masonetes y masonetas de S. Jacinto. Porque es de saber que había mujeres *hijas de la viuda* en la tierra de Juan Santoyo. Reuniéronse, como iba diciendo, ellos y ellas á festejar á Ruiz, no sé si porque fuera *logia andrógina* la que allí existía, ó, porque, no estando muy fuertes en cuestiones rituales los de S. Jacinto, lo creyeron oportuno; lo cierto del caso es que se reunieron y que el jaleo resultó sublime, igualmente digno de los festejadores y del festejado.

Dos docenas de sillas de cerezo con asientos de enea, tres lámparas de petróleo, pertenecientes á las casas consistoriales, un ermito bermejo que representaba á D. Benito Juárez, dos retratos litográficos de Hidalgo y Morelos, algunas escuadras y compases de papel dorado y plateado, muchos festones de pino y banderas de papel de china formaban en total el ornato y mobiliario de la sala de Alejandro Méndez trocada aquella noche en salón masónico.

Una murguilla clorótica tocó dizque la obertura de *Campanone*, Méndez pronunció un discursillo frenético en que hicieron el gasto los curas, la intolerancia, el fanatismo, el retroceso con todos sus perendengues. Siguió un aplauso rotundo y acompasado como son de castañuelas.

Luego Juan Santoyo y otros cuatro hicieron pantomima con unos estoques mohosos y mellados que más parecían asadores que

otra cosa. Ruiz peroró, estando en pie toda la concurrencia, y su oración (?) ¿para qué decirlo? fué el sempiterno almodrote liberal, el mismo platillo de siempre, que guisado con blasfemias, dislates y otros ingredientes, llega á las ignaras multitudes lugareñas despues de haberse colado en los mil cedazos de mil cabezas estúpidas, que se van sucediendo en el monótono orbe de la incredulidad y del jacobinismo. El palmoteo y pataleo, los gritos y dianas que lo remataron no son para re-feridos por esta descolorida pluma.

Despues, como era natural, empezaron el bailecito y los tragos reiterados. Durante ese tiempo, si Méndez, Santoyo y sus adláteres hubieran estado ménos alegres, habrían notado que Ruiz se fijaba muy á menudo, con una insistencia que hacía cosquillas, en las ventanas [que daban á la calle y en las cuales se aglomeraban los profanos de sombrero de palma y calzones blancos, ansiosos por ver los sagrados divertimientos de los iniciados] como si buscara allí á alguno cuya presencia le interesaba en demasía.

A las doce de la noche, cansados de saltar, sentarónse á la mesa y la gula en todas sus facetas resplandeció como soberana, como deidad: Si las libaciones de los de S. Jacinto hubieran sido ménos frecuentes, habrían visto que el señor Rosa-cruz no bebía sino partes infinitesimales de las copas que le servían y que listamente se dejaba escurrir el resto por la barba y por el cuello de la camisa. Dos horas despues la tinga estaba en su apogeo. Méndez discutía con Gustavo sobre política, hablando con lengua tropezadora y mascando el rabo de un cigarro puro. Santoyo, medio tendido en una silla, dirigiendo requiebros de ganapan á una *hermana*, que respondía en la logia al púdico nombre de *Melpómene*, se deshacía en miradas insolentes, asestadas desde sus nublados ojos de ébrio, desde enmedio de la opaca selva de barbas y cabellos que le adornaba la cara y la cabeza.

En tal instante á dos ó tres toses de Gustavo penetran al comedor diez hombres armados de rifles y machetes. Al son de las espuelas, que calzan, vuelven la cabeza algunos comensales. Ruiz se levanta de su asiento y con celeridad pasmosa saca el revólver del bolsillo del pantalón y dispara contra Méndez y contra Santoyo uno y dos pistoletazos. El abogado, herido en el pecho, se levantó para huir, presa de pavor, desencajado el semblante, descolorido como el mantel; pero uno de los que habían entrado le clavó un puñal por la espalda y cayó de boca sobre la mesa, echando bocanadas de sangre. Juan Santoyo, á quien le entró la bala por el cuello, rasgándole la arteria, soltó la mano de *Melpómene*, que con la diestra tenía agarrada, se fué hacia atrás con todo y silla y chocó en los ladrillos con ruido seco su cabezota de *Holofernes* peluda y sangrienta.

Desorden indescriptible se apoderó de los concurrentes en aquellos instantes: desmayábanse las mujeres, los hombres requerían sus armas para defenderse ó para vengar á los muertos; quién lloraba, quién daba voces de "traición," "socorro," "los asesinos," quebrábanse vasos, rodaban sillas, volcábanse las mesas, se apagaban las luces, un terror pánico sobrecogía los ánimos no bien libres de los vapores del alcohol; unos salían atropellándose, otros chocaban con las puertas; éstos se tiraron por las ventanas, aquellos montaron á caballo y partieron al galope. Y al fin de tanta confusión ni pareció la ronda ni la autoridad del lugarejo dió trazas de existir y todo quedó en la casa del banquete sumergido en silencio sepulcral.

(Continuará.)

AMOR.

Amor, lea quien quisiera socráticas sentencias; que yo en dos bellos ojos aprenderé tu ciencia,

y humillará sus versos
el más alto poeta,
con pluma sabia escritos
en doctas Academias,
junto á los que imprimiere
mi pastoril rudeza
con la grosera mano
en ásperas cortezas.

Torcuato Tasso.

El sacerdote y el médico.

SE admiraba en el célebre cirujano Dupuitren, más que el genio de la inventiva teórica, una poderosa facultad de aplicación. Eran notables la maravillosa facilidad con que jugaba con los casos más graves, la fecundidad de recursos en medio de las complicaciones desesperadas, la admirable prontitud del golpe de vista y la infalibilidad del juicio y de la mano. Todas estas cualidades reunidas hicieron de él el primer cirujano y el primer médico en una ciencia en que la práctica marcha á la par de la teoría.

Su carácter se resintió, sin duda, de la naturaleza especial de los trabajos á que su genio le había destinado. El hombre que cada día tenía entre sus manos poderosas la vida de tantos hombres, aquel cuyas sentencias no admitían apelación, no debía hacer mucho caso de la pobre y desdichada naturaleza humana, que tan de cerca veía cuán poca cosa era. Para esos hombres selectos, que toman su arte desde tan alto, para esos mariscales de la ciencia, las existencias aisladas no pueden ser sino soldados que, llegada la ocasión, se deben sacrificar para ganar una batalla.

Por eso, quizá, el Dr. Dupuitren consideraba la vida y las cosas humanas con profundo y triste desden. Su carácter era reservado, frío, despótico. Usaba en el mundo y en sus relaciones exteriores esa rigurosa é implacable inflexibilidad que hacía temblar en el hospital á sus discípulos y subalternos.

Llevadas hasta el extremo sus doctrinas absolutas de positivismo, Dupuitren se encarnizó contra lo que él llamaba las utopías especulativas cada vez que tuvo ocasión de combatir las de cualquier modo y bajo cualquier forma que fuera.

Dupuitren trabajaba casi constantemente, y pocos hombres han llevado una existencia tan laboriosa como la suya. A las siete de la mañana estaba ya en el hospital, de donde salía á las once. Entónces hacía sus visitas, y volvía á su casa para recibir las consultas de los enfermos. Aunque los despachaba con una celeridad brutal, eran todos los días tan numerosos, que muchas veces la consulta duraba hasta hora avanzada de la noche.

Un día que la consulta se había prolongado más que de costumbre, Dupuitren, en extremo fatigado, iba á descansar, cuando un último visitante rezagado se presentó á la puerta de su gabinete.

Era un anciano bajo de cuerpo, cuya edad habría sido difícil precisar.

En su rostro grueso y rosado, evidentemente la navaja nunca tuvo necesidad de pasar. Sobre una red de arrugas ligeramente marcadas se destacaba una boca chica y una nariz aguileña. Las manos y los pies eran como el resto de la miniatura. Mas joven, debió recordar el tipo de esos querubines regordetes, acorbatados con blancas alas, que se ciernen en torno de la gloria de María. En sus ojos azules, en su fisonomía, en sus movimientos había una timidez, una dulzura y una bondad exquisita. Hay rostros felices sobre los que se detiene la mirada con satisfacción. Considerando la fisonomía tan tranquila y apacible del anciano, casi se habría sentido un más bueno, se veía uno invenciblemente atraído hacia él, se experimentaba la necesidad de amarlo.

Llevaba en la mano derecha un baston, y su cuerpecito se hallaba cubierto de un traje

rigurosamente negro. Al saludar descubrió una gran corona; era sacerdote.

La mirada de Dupuitren se detuvo sobre él seca y fría.

—¿Qué tenéis?—le preguntó con dureza.

—Señor doctor,—respondió con dulzura el cura,—primero os pediré permiso para sentarme; mis pobres piernas están ya algo viejas. Hace dos años que se me formó una inflamación en el cuello. El médico de mi aldea,—yo soy cura de... cerca de Nemours,—me dijo que no sería nada; pero el mal aumentó, y al cabo de cinco meses el abceso se abrió de por sí. Estuve en cama largo tiempo sin obtener mejoría, y además me veía obligado á levantarme, porque estoy solo para atender á cuatro aldeas, y...

—Mostradme el cuello.

—No,—continuó el anciano obedeciendo,—porque esas buenas gentes hayan dejado de ofrecerme que se reunirían todos los domingos en... para oír la misa; pero tienen demasiado trabajo durante la semana, y sólo el domingo para descansar. Yo me dije: no es justo que todos se incomoden por mí; y luego hay las primeras comuniones, el catecismo... Monseñor quería esperar aún para mandarme un compañero que me ayudase.

Entónces mis feligreses me dijeron que viniera á Paris á consultaros. Tardé mucho en decidirme, porque los viajes cuestan caro y tengo muchos pobres en mi aldea; pero he querido hacer lo que ellos querían y tomé la diligencia... Ved aquí mi enfermedad, señor Doctor,—dijo extendiendo el cuello.

Dupuitren lo examinó detenidamente. El cuello del enfermo presentaba una abertura de cerca de una pulgada de diámetro, y parecía muy profunda. Era un abceso de la glándula submaxilar, complicado con un aneurisma de la arteria carótida. La llaga estaba gangrenada en varias partes. El caso era tan grave, que Dupuitren se asombró de que el enfermo pudiera mantenerse de pie ante él.

Separó anchamente los labios de la herida y sondeó los contornos por medio de una presión dolorosa, capaz de hacer perder el sentido. El paciente no pestañeó. Cuando terminó el exámen, Dupuitren le volvió bruscamente la cabeza, que tenía entre sus dos manos, y mirándole fijamente á la cara le dijo con voz fuerte y siniestra:

—¿Y bien! señor abate, con eso tenéis que morir.

El abate tomó sus vendas y se envolvió el cuello, sin pronunciar una palabra. Cuando hubo terminado, sacó de su bolsillo una moneda de cinco francos, envuelta en un papel, y la colocó sobre la chimenea.

—No soy rico y mis pobres son más pobres, señor Doctor,—dijo con tímida sonrisa;—perdonadme si no puedo pagar mejor una visita del Doctor Dupuitren. Me alegro de haber venido á veros; al ménos estaré completamente dispuesto á lo que me espera. Podiais,—agregó con extremada dulzura,—haberme anunciado la gran noticia con más precaución. Tengo sesenta y cinco años, y á mi edad á veces se desea mucho vivir; pero creed que no me habéis sorprendido: hacía largo tiempo que esperaba este momento y ya estaba preparado. Adios, señor Doctor, voy á morir á mi presbiterio.

Y salió.

Dupuitren quedó pensativo.

Aquella alma de hierro, aquel genio poderoso acababa de quebrarse como un vidrio frágil por unas simples palabras de un pobre anciano, á quien había tenido enfermo y moribundo entre sus manos. En ese cuerpo débil encontraba un corazón más firme que el suyo, una voluntad más enérgica que la suya, un alma más elevada; encontró, en fin, á alguien más fuerte que él... De repente se lanzó hacia la escalera; acaso no quería todavía confesar-se vencido.

El sacerdote descendía lentamente las escaleras apoyándose en el pasamano.

—Señor abate, ¿queréis volver á subir?
El abate subió.

—Quizá haya medio de salvaros si consentís en dejaros operar.

—Pero, por Dios, señor Doctor. Sufriré lo que sea necesario.

¡Los pobres de mi parroquia se alegrarían tanto!...

—Quizá también haremos una tentativa inútil, y será largo y doloroso.

—Pero, por Dios, señor Doctor,—dijo el párroco desembarazándose rápidamente de su baston y sombrero,—sino he venido á Paris más que para eso. ¡Operad, operad todo lo que queráis!

—Bueno; id al Hotel-Dieu, sala Saint-Agnés. Allí estareis perfectamente, y las Hermanas cuidarán de que no falte nada. Descansad bien hoy, mañana y pasado mañana temprano.

—Convenido, señor Doctor; os agradezco.

Dupuitren escribió algunas palabras, que entrega al sacerdote. Este se fue al hospital, donde casi toda la comunidad se ocupó en arreglar una cama con sábanas muy blancas, almohadas, tisanas, etcétera.

El pobre Párroco no sabía cómo manifestar su agradecimiento.

A los dos días, los quinientos ó seiscientos discípulos que seguían cada día las lecciones del maestro se acababan de reunir cuando llegó Dupuitren. Se dirigió hacia el lecho del sacerdote seguido de un importante cortejo, y empezó la operación. Dupuitren rasgaba, cortaba con el cuchillo y las tijeras. Sus pinzas de acero sondeaban el fondo de la herida y traían hacia la superficie arterias que él retorció y ataba en seguida.

Luégo el serrucho quitó, rechinando, los fragmentos cariados del maxilar inferior. Las esponjas, esprimidas á cada instante, secaban la sangre que corría á torrentes. La operación duró veinticinco minutos.

El abate no se movió.

Solo cuando los pechos que lo rodeaban suspiraron juntos jadeantes de atención y temor, y Dupuitren le dijo: ¡se acabó! notóse que el abate estaba algo pálido.

Dupuitren lo vendó con sus propias manos.

—Creo que todo irá bien,—le dijo amistosamente.—¿Habeis sufrido mucho?

—He procurado pensar en otra cosa,—respondió el sacerdote.

Y se adormeció...

Dupuitren lo examinó un instante en silencio... Luego hizo correr las cortinas del lecho, y continuó la visita.

El enfermo se había salvado.

Todas las mañanas, cuando llegaba Dupuitren, por una extraña infracción de sus costumbres, pasaba los primeros lechos y empezaba la visita por su enfermo favorito. Después, cuando éste pudo levantarse y dar algunos pasos, Dupuitren, terminada la clínica, se dirigía á él, lo tomaba del brazo, y armonizando su paso con el del convaleciente, daba con él una vuelta por toda la sala.

Para los que conocían la indiferente dureza con que Dupuitren trataba habitualmente á sus enfermos, este cambio de conducta era inexplicable.

Cuando el abate estuvo en estado de soportar el viaje, se despidió de las Hermanas y del Doctor, y fué á buscar á sus feligreses.

Algunos meses después, al llegar al hospital, Dupuitren se encontró con el abate que lo esperaba en la sala Saint-Agnés.

Llevaba su mismo trajecito negro, pero cubierto de polvo, y sus zapatos de hebilla también estaban blancos; parecía que acababa de hacer un largo viaje á pie. En el brazo tenía una gran cesta de mimbres muy bien atada, y de la cual sobresalían bastantes pajas.

Dupuitren le hizo muy buena acogida, y después de haberse asegurado de que la operación no había tenido ningun mal resultado, le preguntó qué venía á hacer á Paris.

—Señor Doctor, hoy es el aniversario del día en que me operásteis; no he querido que pase el 6 de Mayo sin venir á veros, y he te-

nido la idea de traeros un corto regalo. Traigo en el canasto dos lindas gallinas de mi gallinero y peras de mi huerto, como no las coméis nunca en Paris. Es preciso que me prometáis, pero formalmente, que probaréis un poco de todo esto.

Dupuitren le estrechó afectuosamente la mano y le invitó á comer con él; pero el anciano no aceptó, aunque con sentimiento, pues sus instantes estaban contados y tenía que volverse en seguida á su pueblo.

Dos años más tarde, el 6 de Mayo, Dupuitren vió llegar al viejecito con sus inolvidables cestas y sus gallinas.

El Doctor recibía estas visitas con una benevolencia que habría sido emocion en cualquier otro.

Por ese tiempo, Dupuitren sintió los primeros síntomas de la enfermedad ante la cual su ciencia, por inmensa que fuera, debía ceder. Partió para Italia, aunque sin esperanza de ser salvado por este viaje que la Facultad reunida le había obligado á emprender.

Cuando volvió á Francia, en el mes de Marzo de 1834, parecía haberse mejorado; pero Dupuitren no lo comprendía así. Se sentía morir; había contado sus instantes.

Su carácter se hizo ménos expansivo todavía y más sombrío á medida que se acercaba el término fatal.

Tal vez en estas últimas y tristes horas, el aislamiento moral que tan cruelmente se había preparado de antemano y que lo dejaba solo frente á frente con la muerte, le hizo una suprema advertencia.

De repente llama á M. . . . , su hijo adoptivo, que velaba en la pieza contigua.

—M. . . . ,—le dice,—escribid:

“Al señor. cura de la parroquia de. . . . cerca de Nemours.

(Sena y Marne.)

“Mi querido abate:

“A su vez el doctor necesita de vos; venid pronto; quizá lleguéis demasiado tarde.—Dupuitren.”

El cura acudió inmediatamente. Largo tiempo permaneció encerrado con Dupuitren.

Nadie sabe lo que se dijeron los dos; pero cuando el abate salió del cuarto del moribundo, sus ojos estaban húmedos y su fisonomía irradiaba una dulce exaltación.

Al día siguiente Dupuitren llamó á su lado al Arzobispo de Paris.

Era el 8 de Febrero de 1835. Dupuitren acababa de morir.

El día de su entierro el cielo estaba cubierto desde por la mañana por nubes grises; una lluvia fina y continua mezclada con nieve helaba á la multitud inmensa y silenciosa que llenaba la plaza de San German d'Auxerrois y el vasto patio de la casa mortuoria.

La iglesia de San Eustaquio apenas podía contener el cortejo.

Después de la ceremonia, los discípulos llevaron á pulso el féretro hasta el cementerio.

El abate seguía el convoy llorando.

VIOLETAS.

VERSOS POR EL DR. JOSÉ MARÍA CASILLAS.

[CONTINUA.]

XVI

MI MADRE.

La ví morir. . . . ; cruel recuerdo!
En pobre lecho postrada,
Sin luz su bella mirada,
Anheloso el respirar.
En su pálido semblante
Se marcaba la agonía,
Y su labio no podía
Las plegarias musitar.
Una mujer recitaba
Las preces consoladoras
Que en esas tremendas horas
Dulcifican el dolor.

Momentos después su pecho
Yacía inmóvil, inerte;
El aliento de la muerte
La había herido traidor.
Yo era un débil pequeñuelo
Que en el dintel de la vida
Posa su planta atrevida,
Ignorando el padecer.

¿Qué sentí cuando la Parca,
Llena de rencor profundo,
Me dejó solo en el mundo
Apénas me vió nacer?

—¿Qué tiene mamá?, les dije;
—Dormida está, respondieron;
Y sus palabras murieron
En un sollozo letal.

Pero ¡ay! al pasar los años
En vano busqué su beso,
En vano el dulce embeleso
De su acento maternal.

Vago solo por la tierra
Como errante peregrino:
No la encuentro en mi camino;
La llamo y tarda en venir.

Inútil afán doliente
Que me despedaza el pecho:
En un sepulcro su lecho;
¡Es eterno su dormir!

La rosa tiene fragancia
Cuando las auras la mecen;
Al rayo del sol florecen
El nardo y el abedul:

El ave canta en el bosque
Meciéndose en el ramaje,
Y el purpurino celaje
Es gala del cielo azul.

Pero yo, madre del alma,
¿Cómo sentir las delicias
Si le faltan tus caricias
Al huérfano corazón?

Soy una flor sin esencia,
Un pájaro sin amores,
Un celaje sin colores,
Juguete del aquilón.

Mas nada importa mi llanto
Y mi pérdida ventura,
Si el Señor allá en la altura
Ha coronado tu sien.

Goza, goza, madre mía;
Que mi orfandad lastimera
Cesará cuando me muera
Y te mire en el eden.

XVII

INVIERNO.

Susurra el viento frío
Gimiendo en el bosque:
Marchito está el follaje,
Helado el soto umbrío.

Los valles seductores
Perdieron su hermosura,
El parque y la llanura
Sus auras y sus flores.

La savia no da vida
A la gentil retama,
Que ve su débil rama
Desnuda y aterida.

¡Cuán triste es ver la rosa,
Ya mustia y sin esencia,
Morir con la inclemencia
Que la secó alevosa!

El euro no levanta
Del ave los cantares,
Ni en blancos azahares
Su hálito quebranta;

Ni la rosada aurora
Sus lágrimas envía,
Cuando despunta el día
Y las montañas dora.

El sol, que en Primavera
Con fuego ardiente abrasa,
Hoy mortecino pasa
Rodando por la esfera,

Sin que su tibio rayo
Que manda de la altura,
Disipe de natura
El invernal desmayo.

El cierzo de la noche
No mece en el collado,

Del lirio y el granado
El puro y fresco broche.
Y si la casta luna
Los campos ilumina,
Besando la colina,
Rielando en la laguna:
Nevados, solitarios,
Los árboles escuetos
Parecen esqueletos
Envueltos en sudarios.

XIII

¿Que no hay amor, ternura y poesía
En tus rasgados ojos?
Déjalos; el despecho hace á los hombres
Incorregibles tontos.
Que yo halle en tus pupilas los efluvios
De mi afán amoroso,
Es mi anhelo constante; lo que digan. . .
Eso me importa poco.
Hiéreme con la luz de tu mirada
De lampos cariñosos,
Como la luna besa á la violeta
Blandamente en el soto.

(Continuará.)

EL ILMO. SR. DR. D. FRAY

Francisco Diego Diaz de Quintanilla

EVIA Y VALDES,

Tercer Obispo de Durango.

NATURAL de Oviedo [1] fueron sus padres el Lic. Pedro Díaz de Quintanilla y Doña Catalina de Evia. Tomó el hábito en el año 16 de su edad, el 16 de Abril de 1603 en la Orden de San Benito y se lo dió Fr. Antonio Cornejo, Abad del Convento de San Martín de la ciudad de Santiago y profesó en sus manos.

“Dió principio á los estudios de Artes en el Convento de San Estéban de Riba de Gil y á los de Teología en el de San Vicente de Salamanca. Tuvo en su Universidad actos mayores. Perseveró en él tres años y pasó á la Universidad de Santiago y en ella llevó cátedra, que regentó cuatro años. Su religion le dió el título de Predicador Mayor del Convento de San Claudio de la ciudad de Leon. De aquí salió para Lector de Teología en el Convento de San Vicente de Salamanca, y á poco tiempo por regente de pasantes del Colegio de San Pedro de Estonza en 1625. Fué Abad de San Martín de Santiago, su casa de profesion. Edificó el cimborrio de la Iglesia nueva y adornó su sacristía, y acabada la abadía, su Orden le nombró por compañero del P. General.

“En este tiempo el Consejo Supremo de la Inquisicion le dió el título de Calificador. Otra vez fué Abad de San Martín de Santiago, y en su Universidad fué catedrático de Teología, y dió en su Convento principio á la insigne fábrica de su claustro y á su sacristía le dió un Pontifical: y fué Definidor Mayor de la Religion.

“En este estado le halló la presentacion que hizo de su persona para el Obispado de la Nueva Vizcaya Felipe IV en 17 de Marzo de 1639. Hizo el juramento de Fé en manos del Ilmo. Nuncio de la Santidad de Urbano VIII, D. Alejandro Laurencio Campegi en 14 de Marzo de 1639.

“Consagróle en el Convento Real de las descalzas de la corte de Madrid D. Juan de Palafox Obispo de Puebla, (2) y asistieron

[1] El Pbro. D. Eutimio Pérez en su “Episcopado Oaxaqueño” dice que nació el 4 de Octubre de 1598; Gil González que en 1587.

(2) El citado Pbro. Pérez refiere que se verificó en dicha Iglesia, porque el consagrante había sido ántes Capellan de ella. Lástima que en apoyo de su acerto no nos diga de que autor ó donde lo supo. He consultado la vida del Venerable Sr. Palafox que escribió el P. Antonio González de Rosende, de los clérigos menores, publicada en Madrid en 1762, que

Fr. Cristóbal de la Zarraga, religioso de la Orden de San Bernardo, recién consagrado Obispo de Chiapas y Fr. Mauro de Tovar, benedictino Obispo de Venezuela y la consagración se hizo en domingo. [3]

"Partió á su Iglesia, y tomó posesión de ella en el mes de Enero de 1641. (4)

"Al punto sin descansar de tan prolijo viaje, constándole que el Obispado necesitaba de remedio en muchas cosas, en los principios de Abril dió principio á la visita, y visitó una gran parte de su diócesis, en que caminó 500 leguas, costeando con gran descomodidad, con el fin de consolar á sus subditos, en que gastó 8 meses.

"Reedificó 5 Iglesias, de diferentes partidos, que estaban arruinadas, remedió muchos males, corrigió y escusó muchos pecados públicos. Hizo paces entre muchos: confirmó más de cuatro mil personas. [5]

"Volvió á su casa y dentro de dos meses salió á visitar la otra parte del Obispado por Febrero de 1642, hizo mayores gastos, por ser la tierra más aspera y montuosa y en gran parte despoblada. En este viaje caminó 400 leguas: entró, visitó y confirmó en Provincias de Indios de guerra, donde no había llegado ningun Prelado, solicitado del cielo de catequizar y confirmar á sus gentes y sosegar á aquellas naciones bárbaras.

"De todo esto dió testimonio D. Sebastian de Leon Manriquez, notario de la visita, que leí original el 13 de Septiembre de 1643.

"Lo más notable que ha obrado en aquellas partes, fué, como el mismo Notario lo certifica, lo que le sucedió en 1641; tuvo aviso que en el partido de San Francisco de Mezquital, que es de su diócesis, unos indios que llaman Tepehuanes, nacion belicosa y brava, eran muy maltratados de los religiosos doctrineros que los tenían á su cargo. De que resultó, que los indios se retiraron en son de guerra á lo áspero de las sierras, dejaron sus estancias y moradas, y bajaban de noche y daban sobre el Convento, con daño y perjuicio de todo, y aunque la Justicia había tomado la mano, no bastaba. Salió el Obispo y fué en persona al pueblo de San Francisco, acompañado de pocos de su familia, y envió á los indios de guerra, un mensaje con un gitán ó correo, avisándoles como estaba en aquel pueblo, que venía de parte de Dios y de su rey para ayudarlos y desagrararlos, y que en prueba de que era cierto, les mandaba su mitra y báculo pastoral, les prometió que el rey les haría merced y que quitaría la Doctrina á los religiosos y la daría á quien cumplierse debidamente con este ministerio. Bajaron más de 200 indios que volvieron á sus casas. Apartó á los religiosos de la Doctrina y puso un Clérigo de buena vida y ejemplo."

es el tomo XV de las Obras de este gran Prelado angelapolitano, y no menciona que hubiese servido esa capellanía; tambien acudí á Gil González, á Moreri y á otros más, que sería prolijo anunciar, quienes callan que el V. Sr. Palafox hubiese sido Capellan de las mencionadas descalzas. Tampoco he podido confirmar en el 1.º autor que esta consagración fuese la 1.ª que hizo el mencionado V. Sr. Palafox; debió ser así, pues este santísimo Prelado recibió la plenitud sacerdotal el 27 de Diciembre de 1639 y dejó á España, segun González Rosende, el Viérnes Santo, esto es, el 7 de Abril del siguiente año, aunque Gil González dice que el 21.

(3) Las Bulas, dice el Sr. Lorenzana, se expidieron el 1.º de Agosto de 1639.

[4] En 1640, así Lorenzana, Gams, Hernaiz, Ramírez y Pérez. Alguien ha escrito acertadamente que por poder, pues era imposible que estuviese en España y en Durango en Enero de 1640.

[5] El P. Pérez de Rivas en sus "Triunfos de nuestra santa Fé," cap. 16, lib. III, confirma esta visita á las misiones de Sonora y Sinaloa, á poco de su llegada de España, y que se consoló por el buen estado en que las encontró.

El P. Alegre en su "Historia de la Compañía de Jesus en N. España," lib. VII, pág. 244, proporciona acerca de los sucesos del Mezquital, las siguientes noticias:

"En los confines de Parras y provincia de Tarahumares eran de mayor consecuencia las inquietudes de los naturales.

"Comenzaron estas por algunos genios revoltosos del pueblo de San Francisco del Mezquital, doctrina de la familia seráfica.

Esto escribía Gil González en 1649, cuando aún vivía el Señor Evia.

"Estos, con la sujeción y santa disciplina, comenzaron á huírse del pueblo, protestando que no podían sufrir la dureza y malos tratos de aquellos religiosos. Fácilmente pasó el contagio de este á otros pueblos vecinos hasta el Tizonazo, cuyos naturales que estaban á cargo de la Compañía, no dudaron poner en sus ministros las lenguas atrevidas. En efecto, llegó su atrevimiento á tanto, que persuadido el Ilmo. Sr. D. Fr. Diego de Evia á que la opresión de los doctrineros era la causa de su abatimiento, intentó quitar á los regulares todas aquellas doctrinas, y aun llegó á hacer un violento despojo en el P. Juan de Zepeda, actual misionero del Tizonazo. Breve se descubrió que no la violencia de los franciscanos y los jesuítas, sino el amor de la libertad y sus fines particulares eran el verdadero motivo de su fuga. Comenzaron las hostilidades por los tobosos, gentes belicosas y bárbaras, y que servían como de asilo á todos los foragidos y mal contentos de aquellas Provincias. Los robos y las muertes eran ordinarias no sólo en los carros y españoles que encontraban en los caminos, pero aun en las poblaciones y en los reales de minas más poblados. En los reales de Mapimi, del Parral y en San Miguel de las Bocas se vivía en un continuo sobresalto, especialmente en las crecientes de la luna, en que solían juntarse. D. Luis de Valdés, gobernador de la Nueva Vizcaya, para reprimir estas correrías determinó que saliesen del Parral tres compañías..." y prosigue difusamente la relación de esta campaña iniciada el año de 1644, y termina que por las razones que alegó dicho gobernador, S. S. I. desistió de poner clérigos en las doctrinas que tenían los franciscanos y jesuítas, quienes volvieron en 1646.

(Concluirá el próximo domingo.)

¡ROSA MÍSTICA!

¡Ora pro nobis!

Rosa de las praderas y los jardines que pueblan todo el campo del Universo donde cantan en coro los querubines el del celeste nuncio divino verso; Rosa mística y santa, la que descuellas en medio de los soles y las estrellas, que son claveles rojos, albos jazmines, lirios apasionados y rosas bellas; ¡oh, Rosa inmaculada del Paraíso! ¡cómo cantar tus gracias sin que ilumines mi torpe inteligencia, cuando es preciso tengan, para nombrarte tan solamente, corazones y lenguas el fuego ardiente en que están abrasados los serafines?...

De tu belleza, sólo la soberana luz del FIAT el alto misterio encierra. Para pintar con tintes de nieve y grana tus pétalos divinos, fué la mañana que amaneció primero sobre la tierra; y no tiembla sobre ellos otro rocío que esas gotas que brillan allá muy léjos: luceros titilantes en el vacío que acaso no nos mandan ni sus reflejos. Te inunda en claridades y resplandores, incendiando tu cáliz con sus fulgores, el oro de más nítido reverbero que estallara en el éter, cuando primero rodó el sol, aventado por el ingente poder que es infinito y omnipotente. Jehová, que de tí forma templo y sagrario, para la sed del alma, que no se sacia, la fuente inagotable de tu nectario

llenó con la divina miel de la gracia; y besa tu corola, como un aliento, del Espíritu el soplo que el primer día inmenso y poderoso se estremecía sobre todas las aguas del firmamento.

¡Casta y mística Rosa! de tu corola que circundan los cielos con su aureola, brotó el inmaculado cárdeno lirio que en la explosión sublime de su martirio, sus pétalos extiende, ya moribundo, para cubrir con ellos la faz del mundo. Y cumpliendo el designio del justiciero Padre y el más inmenso de sus deberes, tus tallos entrelazas á aquel madero donde se inmola el puro, manso Cordero y adolorida Rosa de pasión eres...

Es tu cáliz, sagrado de bendiciones, incensario glorioso donde se queman para exhalar perfumes los corazones, que si en él no se funden, lloran y treman sin que lleguen al cielo sus oraciones.

De este páramo obscuro donde naciste para ser redentora del hombre fuiste transplantada á los campos del Paraíso, porque con tu inocente casta belleza el Dios de las bondades aplacar quiso la majestad tremenda de su grandeza; pues, sólo á sus miradas, en los profundos abismos del espacio tiemblan los mundos; los ángeles se humillan ante sus huellas, tremen las potestades, los tronos hunden sus frentes en el polvo de las estrellas, y abren todos las alas, porque tras ellas se ocultan espantados, y se confunden. Pero ante los destellos de tu hermosura y al sentir el perfume de tus rosados pétalos, de alegría radiosa y pura se llenan, y palpitan alborozados; y en todos los confines del Universo entonan con seráfica melodía el del celeste nuncio divino verso que repiten los mundos: ¡AVE MARIA!...

Trono donde reposa la Omnipotencia y se asienta la Eterna Sabiduría, Rosa de incorruptible divina esencia, consuelo de los tristes y madre mía: haz que cumplido el plazo de mi existencia, vaya á entonar con ellos en tu presencia de Gabriel las estrofas... ¡AVE, MARIA!...

MANUEL JOSE OTHON.

Mayo de 1897.

LA EFICACIA DE UNA MISA.

I

QUE horribles aprestos, hermana mía!—decía á otra, en voz baja, una joven doncella, fuertemente atada á un grueso árbol, que á su vez lo estaba á un tronco que brotaba vigoroso sobre los restos de una vieja encina, en el centro de un inmenso bosque de la América del Norte.

—Como el tuyo, tambien mi corazón está aterrado y sufre horrorosa angustia,—respondió la otra cautiva.

Eran éstas dos indias jóvenes, hijas del gran cacique de la tribu de los Sioux, que habían sido hechas prisioneras por la de los Faucones.

—¡Pobres padres, que tanto nos aman! replicó la primera. ¡Qué dolor tan cruel será el suyo! Ellos saben muy bien la suerte que está reservada á los prisioneros de nuestros feroces enemigos. ¡Qué sería si hubiesen presenciado los gritos de júbilo y las horribles amenazas con que nos recibieron ayer tarde!... ¡Ah, hermana mía! Elevemos nuestros corazones á ese Jesus tan bueno, que los sacerdotes nos han hecho conocer, para que nos conceda la gracia de sufrir valerosamente la muerte que nos espera mañana.

—Hermana,—dijo un instante despues la otra de las jóvenes.—Tú tienes más alientos que yo, y estás en disposición de poder rogar al Gran Espíritu. Yo me muero de espanto ¡Es tan horroroso ver, con los propios ojos

los preparativos del atroz banquete, al que haremos los honores!

—Animo, amiga mía,—respondió su hermana,—acuérdate de aquellos mártires, que daban su vida en testimonio de su fé. ¡Nuestra muerte sería tan útil á nuestra tribu, si la ofreciéramos por obtener su conversion, y aun la de los que mañana!...—Y se calló temblando de espanto.

Las lágrimas de las infortunadas cautivas corrían por sus rostros, estremecíanse al más ligero ruido, y sus párpados se volvían ansiosos por el lado del Oriente, en la atroz expectativa del primer rayo de luz que anunciara la llegada del día, que había de alumbrar su suplicio.

II

Después de haber velado hasta muy tarde, ocupadas en los preparativos del abominable festín, en que habían de ser devoradas las dos cautivas, las mujeres encargadas de esta faena se habían retirado, dejando cerca de las víctimas los vasos destinados á recibir su sangre, las provisiones de hierbas odoríferas cortadas y el fogon preparado para ser encendido. La custodia de las prisioneras había sido confiada á dos guerreros, los cuales, convencidos de que sus cautivas no podían escaparse, se acostaron al pie de los troncos á que estaban aquéllas sujetas, y se durmieron.

Aquella misma noche el gran Cacique de la tribu de los Sioux, cuyas hijas eran las dos cautivas, se presentaba en el campamento de una tribu aliada de la suya. Esta tribu era á la sazón evangelizada por un santo misionero, llamado el P. Smet. (1) A petición del Jefe de los Sioux y de sus compañeros, fueron introducidos en la choza que ocupaba aquel infatigable apóstol de las Indias.

—¿Qué hay, hijos míos? ¿Por qué venís á buscarme?—les dijo el P. Smet.

—Padre mío, dos hijas que tú has bautizado, han sido robadas por nuestros crueles enemigos, los Faucones. Tratábamos de sorprender á esta tribu, pero hemos fracasado, y mientras nos ocupábamos en preparar nuestro ataque, una parte de ella ha venido á asaltarlos en nuestro propio campo. Nuestros enemigos han sido rechazados, pero se han llevado á mis dos hijas, que imprudentemente habían salido con objeto de ser las primeras en saludarme á mi regreso. Tú sabes la suerte horrorosa que les está reservada. El Gran Espíritu que tú adoras es omnipotente. ¡Si quisieras hablarle, me volvería á mis hijas!

—Sí, es omnipotente; pero ni tú, ni tus guerreros habéis querido reconocerlo por vuestro Dios, aunque tu mujer y tus hijas se han hecho bautizar. El Dios que yo adoro, y que es el único verdadero Dios, condena el odio, el asesinato, el robo; y por el deseo del pillaje has atacado tú á los Faucones. Tú solo tienes la culpa de la desgracia que ha sobrevenido á las infortunadas víctimas de tus malas pasiones.

—Padre, reconozco mi falta: pido perdón de ella al *Gran Espíritu* vuestro. Pídele que me devuelva mis hijas y te prometo que recibiremos el bautismo yo y todos los guerreros de Sioux.

—Jefe, creo en la sinceridad de tus palabras. Que el *Gran Espíritu* que ve lo que pasa en tu corazón, tenga piedad de tí. Al momento voy á celebrar la Santa Misa é invocaré á Dios pidiéndole la salvación de tus hijas, á condición de que, por tu parte, le prometerás gobernar bien tu gente y disponerla á recibir el santo Bautismo; mas prométele también no atacar á ninguna de las tribus indias que viven en tu vecindad.

—Padre, la de los Faucones nos ha hecho todo el mal que ha podido.

(1) Pedro Juan de Smet, sacerdote de la Compañía de Jesús, nació en Termonda (Bélgica) el 31 de Enero de 1801. Partió en 1823 para la América, consagrándose sin descanso á la evangelización de los indios. Murió el 23 de Mayo de 1873 en San Luis Missouri.

—Defiéndete si te atacan, pero no atques jamás. El *Gran Espíritu* ama la paz, y si guardáis pensamiento de odio contra vuestros hermanos, será sordo á mi plegaria.

—Lo juramos,—exclamaron los guerreros Sioux.—¡Que el *Gran Espíritu* devuelva las hijas del Jefe, y nuestra tribu reconocerá el poder de tu Dios!

III

Mientras el piadoso misionero ofrocía el sacrificio de la Misa, suplicando á Nuestro Señor JESUCRISTO restituyera á su tribu las dos cautivas, aquellas infortunadas eran presa de un terror tan cruel como los suplicios que esperaban sufrir.

De repente, y sin haber sentido el menor ruido, se vieron sorprendidas por la aparición de un niño, vestido como los de su tribu. Era su mirada tan dulce y su fisonomía tan simpática, que se sintieron las infelices cautivas invenciblemente subyugadas por él.

—Vengo á buscaros—las dijo en voz tan baja, que sólo ellas la pudieron oír; y al mismo tiempo desataba con presteza extraordinaria las cuerdas con que estaban aprisionadas.—¡Seguidme!

Los guardias dormían profundamente. Las jóvenes doncellas atravesaron el campamento de sus enemigos sin ser vistas de nadie. El encantador niño que les servía de guía, parecía resbalar por el suelo más bien que caminar, y las fugitivas se sentían arrastradas con tal rapidez, que bien pronto llegaron á los confines de los bosques ocupados por la tribu de los Faucones.

Al otro lado se extendía una vasta pradera que separaba el territorio de sus enemigos del de los Sioux. Las dos fugitivas la franquearon con la misma velocidad, siguiendo á su amable guía, que no les abandonó hasta haber entrado ya en el territorio de su tribu. Cuando llegaron á él, las señaló con la mano la dirección que habían de tomar, y desapareció sin que ellas pudieran darse cuenta de lo que de él había sido.

—¿No será éste uno de los ángeles que el *Gran Espíritu* haya enviada en auxilio nuestro?—se decían mutuamente las dos fugitivas dando gracias á Dios con toda la efusión de sus corazones.

El cielo blanqueaba por el Oriente, y las primeras vislumbres del día permitían á las dos jóvenes seguir los estrechos desfiladeros de la selva.

A esa hora había terminado el Padre Smet el santo sacrificio de la Misa.

—Está bien,—dijo al jefe Sioux,—levántate y vuelve á tu tribu; pero teme mucho engañar á Dios, porque los peligros que han corrido tus hijas no han desaparecido por completo, y no serán salvadas sino según la sinceridad de tus promesas.

Mientras el jefe regresaba á su campamento, sus hijas continuaban la fuga, siguiendo siempre la dirección que se les había indicado. Era ya muy avanzada la tarde, cuando reconocieron con gozo inexplicable que estaban cerca de los lugares ocupados por su tribu. Se disipó su terror, y pudieron al fin conversar, sin temor, del terrible peligro de que habían sido libradas por manifiesta protección de Dios. Sus corazones se derramaron en la más efusiva acción de gracias y se dieron palabra de ser las misioneras del buen Jesús, que les había enviado uno de sus ángeles en su auxilio.

Poco después llegaron á una eminencia, desde la que se veía distintamente cómo las humaredas de su campo se elevaban hacia el cielo. Hincáronse de rodillas para dar nuevamente gracias á Dios, y luego se abrazaron mutuamente, derramando lágrimas de gozo, cuando una de ellas, mirando para atrás, se estremeció poseída de espantoso terror, y arrojándose á tierra dijo en voz baja á su hermana:

—Pronto, bajémonos; dos guerreros Faucones trepan la colina, siguiendo nuestro mismo camino.

Desde que se apercibieron de la fuga de sus prisioneras, los Faucones las buscaron por todos los alrededores de su campo, y no pudiendo hallarlas, los más ágiles se dieron á su persecución, por el lado de los bosques habitados por la tribu de los Sioux, persuadiéndose de que no tardarían en atraparlas. Mas, aunque se diseminaron en una gran extensión, para que no se les escaparan las huellas de las fugitivas, no pudieron descubrir ninguna, y volvieron uno tras otro, diciendo que únicamente el *Gran Espíritu* pudo haberlas ocultado de esa manera.

Sólo dos guerreros, aquellos á quienes se había confiado la custodia de las prisioneras, furiosos del fracaso de su vigilancia, se obstinaron en buscarlas. Después de haber atravesado la pradera que separaba sus bosques de los pertenecientes á los de Sioux habían observado huellas que podían ser muy bien de las fugitivas; y aunque no se explicaban cómo podían haber llegado hasta allí, antes que ellos, se lanzaron, sin embargo, á todo riesgo, por aquellos vestigios, y no estaban lejos de apoderarse de ellas, cuando los distinguieron.

Había allí cerca un enorme jaral, espesísimo y casi impenetrable. Allí se colocaron, pues, las fugitivas, tapándose y colocando los ramales lo mejor posible para disimular su paso.

Apénas se habían acurrucado, cuando un crujido de armas en lugar muy próximo á ellas redobló su espanto, y al momento oyeron la voz de sus enemigos.

—Estos sitios,—decían,—están llenos de huellas frescas de mujeres y niños, pero es imposible reconocerlos. Estamos muy cerca del campamento de los Sioux, y sería una imprudencia detenernos aquí; nuestras fugitivas no pueden habérsenos adelantado tanto: las encontraremos á la vuelta.

Descansaron un instante en la altura, y luego retrocedieron.

Las jóvenes no salieron del refugio que las había ocultado á las miradas de sus enemigos, sino cuando juzgaron que éstos se habían alejado bastante, y volvieron á emprender su camino encomendándose á *Aquel* que tan eficazmente las había protegido hasta entonces.

El jefe de los Sioux acababa de llegar á su tribu y refería su visita al piadoso misionero, cuando gritos ruidosísimos de alegría interrumpieron su narración. Motivábanlos la llegada de las jóvenes que habían sido salvadas, coincidiendo su libertad con la ofrenda del Santo Sacrificio celebrado á esta intención.

La manera como las dos jóvenes habían sido libradas de una muerte horrorosa conmovió vivamente á los de Sioux, y los convenció del poder del Dios de los cristianos.

—¡Pongámonos de rodillas para adorarlo y darle gracias!—dijo el jefe de los Sioux.

Todos le imitaron, y algunos días después los guerreros Sioux eran bautizados por el piadoso misionero. La ofrenda de la Santa Misa, en favor de las dos cautivas, había conseguido que los efectos de la misericordia divina, para con ellas, produjesen la conversión de su tribu.

L. DE C.

Al Sagrado Corazon de Jesus.

PLEGARIA DEL NIÑO.

“Dejad, dijiste un día,
oh Corazon sagrado.
Dejad vengan los niños
gozosos hacia Mí.”—
Y en pos de tus caricias,
tu amor inmaculado,
En medio del peligro
venimos hoy á Tí.
Venimos á decirte
que mucho te adoramos,
Que mucho te queremos,
que es grande nuestro amor,
Que Padre cariñoso
y amigo te aclamamos,

Delicia de los niños,
consuelo del dolor.
En nuestro torno ruge
la tempestad bravía,
De males y de dudas
la horrible tempestad:
Mas Tú del alma eres
en tenebroso día
La santa y perdurable
hermosa claridad.
Venimos á pedirte,
con llanto en nuestros ojos,
No apartes de nuestra alma
tan esplendente luz,
Y así no temeremos
del mundo los enojos,
Que al fin somos tus hijos,
los hijos de la Cruz.
Mañana... Tú lo sabes,
oh Corazon divino,
Tendrá ruidas batallas
el pobre corazon;
¿Qué hará si Tú le faltas
el triste peregrino
Para llegar dichoso
á tu feliz mansion?
Por Tí palpita siempre
el corazon del niño,
Por Tí siempre latiendo
en plácida virtud;
Y reine en nuestras almas
tu célico cariño
Mañana... cuando llegue
temida juventud.
Tú, corazon ardiente,
raudal de los amores,
Serás para los nuestros
el único placer,
Consuelo del que sufre,
delicia en los dolores:
¿Qué sólo tu amor santo
sepamos comprender!

FIDELIOR.

LA LIRA ROTA.

(Cuento dedicado al Rey de España.)

¿No me preguntes por su historia, ni te empeñes en averiguar el origen del pobre ciegucecito, protagonista de este cuento.

¿Qué te importa el nido de donde voló, ni quiénes fueron sus padres, ni de qué vivía, ni cómo ni dónde habitaba? ¿Se lo preguntarías, por ventura, al ruiseñor, que un momento recrea tu oído y despues se oculta entre el follaje de las selvas?

Todas las tardes de aquella primavera en que sucedió lo que voy á decir, los transeuntes, al regresar de paseo, veían á un niño ciego, al pie del farol central de una plaza (en Granada,) con las piernas cruzadas, entre ellas un sombrero informe, vuelto del revés, á manera de esportilla, para recoger los cuartos; el cayado en el suelo, al alcance de la mano, y á la izquierda y enroscado un perrillo de raza desconocida.

El ciego se llamaba, ó le llamaban, *Joseliyo*, y el perro, *Merlin*.

Joseliyo, que así pronunciábamos los andaluces, se pasaba allí como una hora con el guitarrero terciado encima de los muslos y las manos sobre el instrumento, fijos en el cielo los ojos sin luz, inmóviles siempre y muy abiertos.....

¿Qué pensaría el pobrecito á los diez años no cumplidos?

¿Qué distinguiría en el fondo de su eterna noche, que le hacía sonreír con tanta dulzura?

De cuando en cuando, el soplo de las brisas de la Alhambra agitaba las negrísimas greñas del muchacho, y éste sorbía, por decirlo así, con ansia aquella onda de perfumes y armonías lejanas que besaban su frente acariciando su oído al pasar.

Al dar las oraciones, casi al mismo tiempo que encendían los faroles del alumbrado público, el ciegucecito dejaba de soñar despierto; requería el guitarrero, mugriento y lleno de parches que ocultaban innumerables rendijas, y comenzaba á templarlo, hiriendo las cuerdas de modo que sus sonidos parecían quejas.

Cuando *Joseliyo* comprendía que no le faltaba auditorio, garraspeaba de firme, escupiendo por el colmillo; abrazaba el instrumento como si fuese una hermosa pareja de baile; preludiaba las malagueñas, y, echando hacia atrás la cabeza, despues de moverla suavemente de un lado á otro, los ojos clavados en el cielo, rompía al fin con un ¡ay... ay!! prolongado, precursor del inmediato cantar.

Y siempre era éste muestra acabadísima de un género de canciones populares en Andalucía, país del sol, de las flores, de las niñas bonitas y de la gracia; canciones sobre las que han escrito mucho los sabios; canciones que alaban en primer término á Dios, á la patria, á las personas que más queremos en el mundo y á la madre Naturaleza.

Tú sabes perfectamente quien es Dios... ¡Ya lo creo!

Y la patria... ¿sabes qué cosa es? Pues mira, es tu cuna, tus padres, tus hermanos, la iglesia donde oyes misa, el idioma, los versos de Zorrilla y la música de Barbieri.

La madre Naturaleza... es así como el granero, la despensa y las bodegas de la Divina Providencia, donde se guardan el trigo con que se hace el pan, el Jerez y el Valdepeñas, los pollos que te comes y las naranjas con que juegas en el Retiro.

¿No puedes figurarte cuánta ternura había en la voz del ciegucecito al entonar la siguiente copla:

“La Virgen de los Dolores
es la que sabe mi mal,
que me meto en su capilla
y me jarto de llorar.”

El último verso de esta sentida canción se perdía entre los rumores de las alamedas que bordean las márgenes del Darro (un río que arrastra oro entre las arenas de su lecho,) y ya requería el ciegucecito el báculo para abandonar su puesto cuando oyó una voz, que él tomó por arrullo de tórtola enamorada, voz que decía: “Toma, hermanito.” Al propio tiempo escuchó también el sonido argentino de una peseta que caía sobre los cuartos en el fondo del sombrero.

Algo así como lo que tú sientes cuando, al abrir los ojos al despertar, se posan sobre tu frente los labios de tu madre, sintió *Joseliyo* al escuchar la voz de Aurorita, que volvía aquella tarde de paseo con su aya y una galguilla inglesa llamada *Fly*.

Un perfume de grandeza y distinción halagó el olfato del ciegucecito, que lo aspiró con delicia.

—¡Así debe goler en la Gloria!—murmuró *Joseliyo*, que no sabía lo que era agua de Colonia rusa, con la que Aurorita solía perfumar el pañuelo.

Muchas tardes siguió cantando el trovador callejero al pie del farol de la gran plaza, y muchas también se detuvo la niña á escucharle, depositando siempre una peseta en el fondo del sombrero.

El desgraciado presentía siempre el momento en que se le acercaba su protectora: la oía desde muy lejos, y cantaba algunas veces:

Por mi corazon conozco
cuándo estás cerca de mí,
porque golpea en el pecho
y se me quiere salir.

Joseliyo, ciego desde que tenía un año, se imaginaba á Aurorita tan blanca como las espumas que coronan las olas antes de deshacerse en la playa: con los ojos azules, como las turquesas; con el cabello del color de las espiigas en Agosto.

Sus labios debían parecerse á las guindas de Zamora en completa madurez.

Y todo esto se lo figuraba el ciego confundidamente, desdibujado, así como el jiron de

bruma que flota al amanecer sobre un lago entre juncos y espadañas.

Aurora decía siempre:

“Toma, hermanito.”

Y *Joseliyo* respondía:

“¡Dios se lo premie!”

Y nunca se dijeron más.

Pero el ciego escuchaba las conversaciones que, en lengua extranjera, tenían su protectora y otra mujer; conversaciones que, con vehemente anhelo, en vano procuraba traducir. También oía exclamar á la gente del corro, cuando Aurorita se alejaba:

“¡Dios la bendiga! ¡Qué hermosa es y que buenos sentimientos tiene!”

Notaba que *Fly*, la preciosa galguilla inglesa, que la niña tría atada con un cordón de seda verde, se dignaba, de cuando en cuando, soportar alguna que otra caricia de *Merlin*.

En una palabra, Aurora y *Joseliyo* eran amigos, sin conocerse más que de vista... y esto á medias.

Una tarde faltó la niña á la cita.

El ciego siguió cantando hasta quedarse sin público; luego se terció el guitarrero sobre los muslos, y con las manos caídas sobre la caja alzó los ojos al cielo... aquellos ojos sin luz, inmóviles siempre y muy abiertos.

Pero *Joseliyo* ya no sonreía; gruesas lágrimas dejaba caer sobre el mugriento guitarrero; lágrimas que rodaban como las primeras gotas de un aguacero en el polvo.

De pronto, una mano ruda sacudió al ciego por un brazo.

—¡A dormir! No son estas horas de dar conciertos... ¡Arriba, tunante!

El pobre *Joseliyo* ya no volvió á sentarse por las tardes al pie del farol de la gran plaza.

Diariamente recorría en vano las calles principales de la población buscando á Aurorita, y nunca la encontraba.

Dejaron de

“Entonar los ruiseñores
sus trinos en la ribera,
llenando los corazones
de dulcísima tristeza.”

Luego dejaron de escucharse el canto de la cigarra y el del grillo, y los silbos del mochuelo en la torre solitaria, y graznaron, en fin, las grullas.

En una palabra, que se echó encima el invierno.

Había anochecido, comenzaba á nevar copiosamente, y las calles estaban desiertas y mal alumbradas.

Envuelto en una capeja de color indefinido y con más agujeros que olla de asar castañas, llegó *Joseliyo*, sin saber cómo, rendido de fatiga y dando diente con diente, á la plazoleta de un barrio extremo de la ciudad.

Formaban aquella una gran casa, con honores de palacio antiguo, la iglesia y las tapias del huerto de un convento de monjas. A la puerta de la iglesia se llegaba subiendo empinada escalinata de seis ó siete peldaños. La puerta estaba protegida por ancho tejado, muy saliente, que se apoyaba en antiquísimo vigámen.

Ayudado del báculo, sexto sentido de los ciegos, como ha dicho Campoamor, y precedido de *Merlin*, cuya campanilla al dar en los escalones, sonaba tristemente, subió *Joseliyo* hasta la puerta de la iglesia y se acurrucó en el quicio, para guarecerse del temporal y ver si pasaba una alma caritativa que le diese una limosna, para desayunarse y pagar el rincón de la posada donde se recogía por las noches.

¡El infeliz no había comido desde el día anterior!

Tenía fiebre y muchísimo frío: en el cuerpo, porque nevaba; en el alma, porque nuestro ciegucecito era huérfano y pobre.

Haciendo grandes esfuerzos, dejó el guitarrero á un lado; se frotó las manos en ámbos muslos para restablecer la circulación de la sangre; se encajó, por decirlo así, en un rincón; volvió á coger el instrumento, y despues de templarlo, con voz que parecía gemido de un alma en pena, cantó, entre ayes y suspiros de angustia y desaliento:

"¡Madrecita mía,
yo no sé por dónde
al espejillo en que yo me miraba
se le fué el azogue! . . .
¡Se le fué el azogue! . . .
¡Se le fué el azogue! . . .

Poco despues sintió pasos en la escalinata; Merlin comenzó á mover la cola alegremente; luego, una mano muy suave cogió la atarida de *Joseliyo* y depositó en ella... ¡un duro; ¡no cabía duda: ¡era un duro!

Aquella moneda representaba para el pobre mendigo una cena suculenta, una cama caliente y un día ó más de descanso de sus muchos trabajos. Y, con todo, el ciegucecito no pareció alegrarse con tamaña fortuna. Una voz, que él conocía bien, había dicho con mal disimulada impaciencia, al darle la moneda:

—Tome, hermanito, y váyese á cantar á otro lado: hay una enferma y le incomoda la música.

Aquella voz era la de la mujer que acompañaba siempre á Aurorita.

—¿La enferma es quizás la caritativa niña que siempre me socorría?

—La misma... y le hace mucho daño la...

—Pero, ¿tan mala está?—interrumpió *Joseliyo* con angustia infinita.

—¡Mucho... mucho!—respondió el aya, alejándose precipitadamente.—¡Dios quiera que salga de esta noche!

El ciegucecito rompió á llorar con grande amargura, sin hacer caso de las caricias que le prodigaba Merlin, lamiéndole las manos.

Así pasaron dos horas muy largas, como son siempre las horas de dolor.

Al fin, *Joseliyo* dejó de llorar; abrió los brazos de pronto, y la guitarra, resbalando sobre sus rodillas, saltó de escalon en escalon, hasta dar, casi deshecha, en las piedras de la plaza.

La nieve seguía cayendo lentamente sobre la tierra; Merlin aullaba sin cesar junto á su amo, y la luz indecisa de la aurora alumbraba ya el horizonte, cuando las puertas de la iglesia se abrieron de par en par.

El sacristan movió al ciegucecito de un lado á otro, y el ciegucecito no se levantaba.

¡Pobre *Joseliyo*!

¡Estaba muerto!

Su espíritu, en compañía del de Aurorita, había volado al cielo.

Allí envuelto de nube azul, estaba el niño, que ya veía, pulsando un arpa de oro con cuerdas de diamantes.

Aurorita, á sus pies, cantaba las alabanzas del Señor.

Joseliyo ya no sentía frío en el cuerpo ni en el alma.

Ya no molestaba la música á Aurorita.

Dios premiaba al ciego con la eterna bienaventuranza, porque había llevado con mucha resignacion sus trabajos en este valle de lágrimas.

Y la niña alcanzó igual recompensa, porque, con el bálsamo de la caridad, había mitigado los dolores del pobre huérfano.

A menudo envía el Señor á la tierra al ciegucecito, para que dé música á los niños buenos.

Muchas veces se encuentra á tu lado, pulsando el arpa de oro.

Mientras duermes, él despliega sus blancas alas á la cabecera de tu cama.

¿No le conoces?... ¿No?

¡Inocente! *Joseliyo* es el agradecimiento, hijo de la caridad.

Joseliyo es el ángel de tu guarda.

EL CONDE DE LAS NAVAS.

LA MADRE CRISTIANA.

¡Miradla!... Con suave aliño
Columpia del niño el lecho,
O embriagada de cariño,
Mece en sus brazos el niño
Y le alimenta á su pecho.
Y en la frente blanca y pura

De la débil criatura,
De su amor en el exceso,
Graba un beso y otro beso
De indefinible dulzura.

Recogida en el hogar,
Sin ir del aplauso en pos,
Y del mundo sin cuidar,
Sólo piensa en agradar
A su esposo y á su Dios.

Aunque jóven y aunque bella,
No con adornos prolijos
En los salones descuella,
No hay más mundo para ella
Que su casa con sus hijos.

Ni se acuerda que hay festines
Y teatros y jardines
Donde lucir los primores,
Ni sufre los sinsabores
De las envidias ruines.

A solas con su ternura
Vive en apacible calma
Y en deliciosa ventura;
No hay paz tan bella y tan pura
Como la paz de su alma.

Así este sér peregrino
En dulce consorcio hermana
Lo humano con lo divino.
Así su noble destino
Cumple la madre cristiana.

Antonio de Valbuena.

PROTECCION DE MARIA.

LA MANO DE LA SANTISIMA VIRGEN.

(HISTÓRICO.)

Voy á dar á conocer á mis lectores un suceso que refirió hace años persona harto respetable para dudar de su veracidad, tanto más, cuanto que era amigo y paisano suyo el sujeto á quien ocurrió.

En una poblacion de las islas Canarias, cuyo nombre no hace al caso, había un jóven que si bien recibió en sus primeros años una educacion cristiana, cuando llegó á la edad viril, tal vez por las malas compañías, ó lecturas de libros perniciosos, se volvió ateo y librepensador como muchos que desgraciadamente se ven en el día.

Celebrábase á la sazón el Mes de María en una iglesia donde había una muy venerada imágen de la Santísima Virgen, y el tal jóven, bien por escarnio ó por divertirse con el público que asistía numeroso á la *fiesta de las flores*, concibió un depravado proyecto que puso en obra en cuanto tuvo ocasion de ello.

Como conocía perfectamente todos los departamentos del templo, buscó las vueltas á los dependientes de él, y logró atar una cuerda á la mano derecha de la imágen, haciéndola pasar por donde no se notase hasta un escondite del retablo, en el cual pudo ocultarse antes de dar comienzo el acto religioso.

Puesta en accion esta malévolá idea, esperó el momento en que con más fervor se elevaban las preces á la Reina de los cielos; pero tiró con tal fuerza de la cuerda, que en vez de mover la Efigie la mano, como él se proponía, se tronchó ésta y quedó colgando en el aire....

La gran consternacion de los concurrentes le valió para escaparse ántes de que se pudiese averiguar el autor de tan tremendo sacrilegio, quedando éste envuelto en el más absoluto misterio.

Algun tiempo despues contrajo matrimonio nuestro jóven, y no tardó su esposa en ser madre, dando á luz una hermosa niña, á la cual faltaba la mano derecha.

Al ver á su hija manca se conmovió de tal manera, que cayó de rodillas contrito y arrepentido, declarando que él había sido quien rompió la mano de la Santa Imágen.

Despues de esto se tornó fervoroso devoto de la Virgen Inmaculada, hizo bautizar á su hija con el nombre de María, y se impuso á sí mismo la penitencia de referir este milagroso suceso á cuantos preguntasen por la

mutilacion de su hija, para que todos supieran que había sido justo castigo de Dios.

Emilia Montijano.

UNA POESIA

DEL SR. LIC. FLORES ALATORRE.

(En la primera Comunión de la niña Rosita Miera y Haro.)

Dios á quien el alma mía
Desde que el alba aparece
Temblando de amor ofrece
La plegaria que te envía;
Señor que en aqueste día
De amante iman atraído
Viniste de amor herido
Buscando en mi pecho amores,
Ay! no desdeñes las flores
Que mi pecho ha producido.

Dios que de la alta Sion
Hasta mi nada bajando
A la puerta estás llamando
De mi humilde corazon;
Tú en la santa comunión
Bajo el cándido atavío,
Velaste tu poderío
Para no cegar mis ojos....
¡Y te llevas en despojos
Mi corazon, Padre mío!

Señor, contrita llegué
Hasta tu Ministro Santo;
Bañada en amargo llanto
Mi culpa le revelé.
Y él alentando mi fé
Me dijo que en este día
Un ángel me llevaría
Hasta tu altar soberano....
¡Y me llevó de la mano
La adorada madre mía!

Tú mi infinito tesoro,
Dios que moras en mi pecho,
Para mi paterno techo
Yo tu bendicion imploro.
¡Oh mi Dios á quien adoro!
Si amante en esta ocasion
Es mi pecho tu mansion,
Haz que encuentre el alma mía
Al llegar mi último día,
Su albergue en tu corazon.

Puebla, Junio 27 de 1881.

Francisco Flores Alatorre.

FUGITIVA.

Hermosa y sana, en el pasado estío,
Murmuraba en mi oído sin espanto:
—Yo quisiera morirme, amado mío:
Más que el mundo me gusta el camposanto.—
Y de fiebre voraz bajo el imperio,
Moribunda, ayer tarde me decía:
—No me dejes llevar al cementerio,
Yo no quiero morirme todavía!—
¡Oh, Señor! y qué frágiles nacimos!.....
Y qué variables somos y seremos!.....
Si la tumba está léjos, la pedimos.....
Pero si cerca está, no la queremos.

Julio Florez.

Bogotá.

LAGRIMAS SILENCIOSAS.

En la hermosa mañana vas al valle
y un claro cielo ves.
No es posible más límpido se halle.
¡Su azul cuán bello es!
Pero ignoras que en tanto que has dormido,
la lluvia sin cesar
de las nubes que ya han desaparecido
cayó en este lugar.
Ay; el mísero sér abandonado,
que no goza algun bien,
muestra un rostro sereno y ha llorado
en la noche tambien!

Kerner,